

mismo comía poco, y a pesar de su edad proveya, observaba rigurosísimamente los preceptos de ayuno y abstinencia. De los diversos vinos que se presentaban, tomaba siempre sólo un vaso del tinto y espeso napolitano, y al fin un poco de malvasía para enjuagarse los dientes (1). Después de comer gustaba de pasar aún largo tiempo en animada conversación con sus convidados; los cuales eran por la mayor parte sólo cardenales, y por excepción era también invitado algunas veces el embajador veneciano. En semejantes pláticas de sobremesa se le escapaban al anciano de juvenil viveza muchas cosas que hubiesen debido permanecer ocultas. Durante este tiempo concedíanse también audiencias, que eran, sin embargo, poco frecuentes, pues Paulo IV, siempre amigo del retiro, no gustaba de ver a muchos hombres (2). A los cardenales y embajadores recibía en el decurso de la tarde; sólo ellos eran admitidos a las habitaciones privadas; sucedía con todo, que hasta personajes tan elevados, o no obtenían entrada, o la conseguían hacia medianoche, después de haber estado aguardando cuatro, cinco, seis o siete horas (3). Esto estaba relacionado con la irregularidad de la distribución del tiempo del Papa, quien se concedía el necesario tiempo de descanso a horas enteramente diversas. No raras veces, durante la noche, dejaba Paulo IV su lecho, si no podía dormir, para leer y escribir, hasta que el cansancio le obligaba a volver a la cama. No le daba cuidado que amaneciese el día; nadie podía entrar en su aposento, hasta que él diese una señal con la campana. Se consideraba como signo de su ascetismo, el que para vestirse rehusase la ayuda de un camarero, cosa entonces no oída en príncipes eclesiásticos, y en modo alguno en un Papa (4).

(1) Según la expresión de Navagero podría parecer (v. Ranke I<sup>o</sup>, 186), que Paulo IV fué gran bebedor. Esto lo ha impugnado con razón la \* disertación de Antonio Carafa, mencionada arriba, p. 61, nota 1. Todos los contemporáneos alaban más bien la gran templanza de Paulo IV en el comer y beber. El Papa daba ricas comidas sólo para acomodarse a su elevada posición, pero él mismo no tocaba para nada la mayor parte de los manjares. Cf. Bromato, II, 219.

(2) \*Item qualiter d. Paulus de sua natura erat secretus et, ut vulgo dicitur, ritirato nec in eius cameram et cubiculum admittebat multos homines, dice un abogado del cardenal de Nápoles. Cod. Barb. lat. 2630, p. 3. *Biblioteca Vaticana*. V. también Segmüller, 26.

(3) V. Mocénigo-Albèri, 49; cf. Masio, Cartas, 235, 267, y la \*relación de Navagero, de 22 de febrero de 1556. Cod. Marc. 9445, f. 123<sup>b</sup>. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(4) V. Bromato, II, 221.

En las negociaciones se mostraba Paulo IV muy difícil: cuanto más se le pedía algo, tanto menos lo hacía; si no se le instaba, condescendía pronta y fácilmente (1). No sufría contradicción alguna y con facilidad se ponía muy enojado. Al modo de ser majestuoso, grave e imperioso, que le era propio (2), correspondía el dirigir por sí mismo la conversación; quien quería alcanzar algo, no había de interrumpirle. El en cambio interrumpía fácilmente a otros; y con eso daba rienda suelta a su natural elocuencia, la cual Hosio comparaba con la de Cicerón (3). «Con él—dice Navagero—se necesita tan gran paciencia como habilidad; si se le sabe apaciguar, no niega fácilmente nada.» El que más alcanzaba era precisamente aquel que se acomodaba enteramente a su condición y modo de pensar, por lo cual el prudente representante de Venecia nunca iba a la audiencia con un intento determinado, sino que se adaptaba cada vez a las circunstancias.

En su vestido tenía por ley rigurosa Paulo IV, que todo correspondiese exactamente al ceremonial, así como generalmente hacía grandísimo caso de la pompa oficial (4). Siempre había tenido muy alta idea del estado sacerdotal, y más elevada todavía de la dignidad pontificia; y ahora cuando se hallaba sentado en la silla de S. Pedro, creció aún considerablemente la conciencia de sí mismo, que le había dado el recuerdo de una vida sacerdotal siempre intachable y de una actividad constante rigurosamente eclesiástica, como también la experiencia de muchos años. Manifestó repetidas veces, que antes quería dejarse despedazar vivo, que hacer alguna cosa indigna de su elevada posición (5). Todos los que le conocieron atestiguan, que éstas no eran palabras vanas.

El cardenal Pacheco hizo advertir al duque de Alba en un momento decisivo, que Paulo IV nunca se dejaría gobernar por

(1) Cf. la relación de embajada publicada por Ribier, II, 815.

(2) \*Ha una mirabil gravità et grandezza. Questa grandezza et gravità l'ha mostrata in tutti gli stati. \*Apologia cit. (*Biblioteca nacional de Nápoles*), donde se alegan ejemplos que hablan en favor de esto.

(3) V. la relación publicada por Ribier, II, 715 s.; cf. Masio, Cartas, 271.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 766, 768. La familia de Paulo IV constaba según su nómina de 421 familiares propiamente dichos y 313 servi, en conjunto, de 734 personas, fuera de 247 caballos (v. Moroni, XXIII, 66-73). Esto no es en manera alguna excesivo, pues toda gran casa tenía entonces unos 100 familiares; v. Müntz, Art. III, 78.

(5) V. la relación de Navagero de 4 de junio de 1557 en Brown, VI, 2, n. 919.

temor, porque era un varón tal, que antes toleraría la destrucción de la ciudad de Roma y padecería la misma muerte, que hiciese algo que no se compadeciera con su dignidad pontificia (1). De un modo enteramente semejante se expresa también el cardenal Morone en una carta a su amigo Pole. Hace notar en ella, que el Papa antes sufriría el martirio, que dejase abandonada, aun en el más mínimo negocio, la dignidad y honra de la Santa Sede, de la cual se sentía responsable ante Dios y la cristiandad; y, según la opinión de Morone, estaba tan penetrado de ser el Vicario de Cristo, que una ofensa a su dignidad la tenía por un ultraje hecho a Dios (2).

La conciencia de que como Vicario de Cristo estaba sobre todos, se daba a conocer especialmente en la conducta de Paulo IV respecto de los príncipes. Con el pleno sentimiento de su suprema y única dignidad, los miraba no como a sus hijos, sino como a sus súbditos (3). Tan ajeno al mundo era este varón, que solía juzgar aun los negocios políticos con sumo exclusivismo y rigidez, que declaró ante los embajadores, que los reyes y emperadores tenían su asiento a los pies del Papa, del cual habían de recibir sus leyes como discípulos (4). Su espíritu rigurosamente eclesiástico se indignaba vehementemente contra la propensión a mandar en los asuntos interiores de la Iglesia, que se manifestaba grandemente aun en los gobiernos católicos. Expresó que quería poner fin a la afrentosa condescendencia de sus predecesores con los príncipes. Por eso juzgaba ser cosa justa no ocultar la profunda desconfianza que tenía de los príncipes y proceder con ellos con creciente suspicacia y extremada severidad y rigidez. Fácil es de ver en qué conflictos tenían que envolver al anciano de juvenil frescor, tales sentimientos, unidos a la viveza e impetuosidad de su natural.

Como genuino napolitano, era Paulo IV muy sensible a repen-

(1) V. *ibid.* n. 1030.

(2) V. el texto original de las \*cartas fechadas el 28 de noviembre y 12 de diciembre de 1556, en los núms. 34 y 35 del apéndice. *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. la relación del embajador francés en Ribier, II, 716; cf. en el n.º 18 del apéndice la \*carta de Navagero, de 18 de enero de 1556. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(4) V. Navagero-Albèri, 380, 409, y Mocénigo-Albèri, 48; cf. Ribier, II, 716 s.

tinias impresiones, en sus resoluciones procedía con frecuencia súbitamente y como a saltos, y en sus expresiones era no raras veces imprudente y por la mayor parte de innecesaria aspereza y severidad. Como en su vida diaria no se sujetaba a ninguna regla fija, así también de ordinario seguía fácilmente las inspiraciones del momento; prestaba tan ligeramente su confianza como la sustraía. Sus decisiones eran súbitas, como las erupciones del Vesubio, siendo ellas las manifestaciones de su naturaleza volcánica. Al igual que todos sus compatriotas, de buena gana hablaba mucho y por largo tiempo; como un torrente fluían las palabras de sus labios. Luego que un acontecimiento hacía circular más rápidamente su sangre, a la manera de los italianos del sur, se desataba en las palabras más fuertes y vehementes, que acompañaba con ademanes sumamente significativos. A veces se olvidaba tanto de su dignidad, que se dejaba arrastrar a actos de violencia (1). Todo su ascetismo no había sido capaz de enseñarle moderación en la expresión de sus apasionados sentimientos, y tranquila circunspección en sus acciones. A consecuencia de eso, cuando era cardenal, vino a tener conflictos con muchos, y encuentros hasta con varones que, como San Ignacio de Loyola, anhelaban al mismo fin, la regeneración de la Iglesia. Con férrea energía y con apasionado ardor acometía cualquier empresa o negocio. Con todo, no había doblez ni hipocresía alguna en este hombre de una sola pieza. Verdadera fué su piedad, verdadero su amor a la Iglesia y a la patria, sus elevados dictámenes filosóficos, su idealismo, y verdadera también su impetuosa elocuencia y sus variadísimos conocimientos. Estaba bien versado en las más diversas ciencias, sobre todo en la teología; el italiano, el griego y el español lo hablaba con facilidad y soltura. Extraordinariamente leído, lo retenía todo con tenacidad; los clásicos latinos y griegos le eran muy familiares; sabía de memoria casi toda la Sagrada Escritura; entre los teólogos, su autor predilecto era Santo Tomás de Aquino (2).

Desde hacía sesenta años, Juan Pedro Carafa, con la fuerza

(1) Cf. la relación de Serristori, de 6 de julio de 1555, en Coggiola, *Capitolazione*, 27, nota.

(2) Cf. Navagero, *loc. cit.* Cuán familiar era a Carafa la Sagrada Escritura, lo demuestran sus cartas, que con frecuencia se componen casi enteramente de pasajes de la Biblia. Varias de ellas están todavía inéditas; v. especialmente \*Cod. Barb. lat. 5697. *Biblioteca Vaticana*.

de una voluntad de hierro y la firmeza de un carácter que no sufre contradicción, había dirigido a un fin todas las dotes de su espíritu: a hacer revivir la autoridad y el poder, la pureza y la dignidad de la Iglesia, duramente oprimida por enemigos interiores y exteriores. Este fin lo había tenido ante sus ojos cuando era obispo de Chieti, cuando fué nuncio en Inglaterra y España, siendo miembro del Oratorio del Amor divino, mientras fué Superior de la Orden de los teatinos, que había fundado con San Cayetano de Tiene, cuando era miembro de la comisión de reforma, creada por Paulo III, y siendo cardenal (1). En todos estos cargos y circunstancias se acreditó de ser un gran carácter, de extraordinario realce, un incansable defensor de todos los intereses eclesiásticos, el más severo de los severos, especialmente en todos los negocios que concernían a la pureza de las costumbres y de la fe. Ninguna persona por autorizada que fuese, podía impedir su libertad; ante los cardenales como ante el Papa expresaba siempre su opinión francamente y sin reserva. La historia de Paulo III como la de Julio III repetidas veces dan cuenta de casos, en que aun en las más elevadas esferas habían de llevarse adelante cosas, que no se compadecían con los intereses y la dignidad de la Santa Sede. En tales ocasiones el cardenal Carafa, o hacía directa oposición, o protestaba a lo menos, no asistiendo al consistorio, cuando la ulterior resistencia no ofrecía esperanza alguna de buen éxito (2). Si en semejantes casos se atraía Carafa la pérdida de la gracia pontificia, le tenía esto tan sin cuidado como los sensibles perjuicios materiales que tenía que sufrir (3). Callando y con ánimo tranquilo todo lo sobrellevaba, permaneciendo inflexible en sus severas máximas.

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. X, 298 s., XI, 145, 148, 156, 168, 178 s., 193 s., 428, y XII, 407.

(2) Cf. Panvinius en Merkle, II, 271 nota; v. también Silos, I, 316 s., y nuestras indicaciones del vol. XI, 309, XII, 186-188, XIII, 86.

(3) A. Carafa refiere en su \*Apología la resistencia que opuso Carafa a la concesión de Parma y Plasencia a Pedro Luis Farnese (v. nuestras indicaciones del vol. XII, 186 s.): \*Onde venne in disgratia del papa et gli tolse la provisione di cento scudi il mese, che se li dava come cardinale povero, restandogli da vivere mille soli scudi d'entrata l'anno. Nè perciò ne fece mai parola o alcuno risentimento. Anzi perchè quando usciva a palazzo negli atti publici non era salutato, come si suole fare con cardinali, dalle musiche di castello et trombe di palazzo, se ne rideva con ogni serenità d'animo. Cod. X, F. 55, p. 6. *Biblioteca nacional de Nápoles*.

Mientras la mayor parte de los hombres en su ancianidad aflojan en el trabajo, y comienzan a inclinarse al descanso, en Carafa cada año había aumentado su ardor, su tesón en el obrar, su energía y su fuerza de voluntad (1). «El Papa, escribe el embajador florentino, es un hombre de acero, y las piedras que él toca, brotan centellas, que producen un incendio cuando no se hace lo que él quiere.» (2)

Ya se deja entender que semejante hombre tenía pocos amigos y partidarios. Reconocíase la pureza de su vida, su incorrupta integridad y su sabiduría; pero otro tanto reprobaba y temía todo el mundo su excesiva severidad, su aspereza y rigidez. No habían faltado títulos y cargos honoríficos al que había ascendido hasta el decanato del Sacro Colegio, pero sólo entre muy pocos gozaba de afecto y amor (3).

El nuevo Papa sabía esto muy bien; sentía la necesidad de sacrificarse un poco a la opinión pública, para no hacerse odioso de antemano y privarse de toda influencia. Cuanto más habían temido los romanos el rigor del ascético teatino, tanto quedaron más agradablemente sorprendidos, cuando Paulo IV dejó ver también el lado brillante y regio del papado. Con satisfacción vinieron a saber, cómo el hombre que siendo cardenal había vivido retirado y muy parcamente (4), luego, al principio de su gobierno, a los empleados de palacio, que le preguntaron cómo habían de proceder, les dió esta respuesta: «Tan suntuosamente como corresponde a un gran príncipe» (5).

Para la solemnidad de la coronación, que se efectuó el 26 de mayo, no se ahorró gasto alguno. El banquete que se dió en este día a los cardenales y embajadores, fué sumamente espléndido.

(1) Cf. Panvinius, loc. cit.

(2) Legaz. di Serristori, 375.

(3) V. Mocénigo-Albèri, 46.

(4) Uno de los abogados del cardenal, Alfonso Carafa, dice: \*Item ponit et... probare intendit qualiter praedictus Paulus quartus fe. re. ante papatum fuerat per viginti annos in circa cardinalis, habebat redditus competentes adeo quod tempore sue assumptionis ad pontificatum habebat in redditibus circa duodecim milia scuta annua, et erat parvus in expendendo et non amplam familiam retinebat, adeo quod verisimiliter et unus quisque recti iudicii ita diceret et iudicaret, quod deductis expensis quolibet anno potuerat conservare et congregare quatuor aut quinque milia scuta. Cod. Barb. lat. 2630, f. 3b, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. H. Seripandus, ed. Höfler, 53; cf. Bromato, II, 218.

«Aunque sólo han pasado cuatro días desde la elección pontificia, escribía Angel Massarelli en su diario, la nueva Cabeza suprema de la Iglesia ha dado ya tantas pruebas de su liberalidad, caridad, grandeza de alma y noble alcurnia, que fácilmente se puede deducir de ello lo que será en adelante su pontificado.» (1) De un modo enteramente semejante juzgaba el embajador boloñés en una carta de 29 de mayo de 1555, en la que decía que Su Santidad sería un excelente Papa, lleno de magnanimidad y bondad (2). Cuando Paulo IV en 4 de junio fué desde el castillo de Santángelo a su residencia de verano, el palacio de S. Marcos, desplegóse en ello tal pompa y magnificencia, que podía uno creerse trasladado a los tiempos de León X (3).

Indudablemente lo que determinaba este proceder, que nadie había esperado del riguroso asceta, era la atención a los romanos, a quienes infundía respeto sobre todo el brillo exterior y la generosidad. Pero fuera de esto, influía también el elevado concepto de la dignidad pontificia que tenía Paulo IV. Él no había buscado el más alto puesto en que pueden soñar los ambiciosos. El hecho maravilloso de que él, el temido y odiado, que siempre había manifestado el más extremado rigor, y nunca había tenido con nadie la más mínima complacencia, había obtenido la tiara a pesar de la exclusión imperial, sólo se lo sabía explicar por la intervención de un poder superior. Fué constantemente su firme persuasión, que no los cardenales, sino Dios mismo le había elegido para la ejecución de sus designios (4). Estaba de igual modo convencido, de que estos designios no podían ser otros que aquellos, a los que habían estado dirigidos hasta entonces todos sus pensamientos: la defensa y nueva vivificación de la Iglesia,

(1) V. Merkle, II, 270. Sobre la coronación cf. la \*relación de Franchino a Octavio Farnese, fechada en Roma el 27 de mayo de 1555. *Archivo público de Parma*.

(2) \*Carta de U. Gozzadini (*Archivo público de Bolonia*). Cf. también las relaciones publicadas por L. Latinus, Lucubrat., II, 35, y Segmüller, Elección de Paulo IV, 9.

(3) Junto con Massarelli, 272 s., L. Firmanus, \*Diaria XII, 29 (*Archivo secreto pontificio*) y Corpo dipl. Port., VII, 423, v. la \*relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 5 de junio de 1555, quien en su descripción del pomposo séquito hace observar: \*et da Leone in qua non si è fatto una tal cosa (*Archivo público de Bolonia*). Sobre la toma de posesión de Paulo IV v. Cola Coleine en Cancellieri, 108; Massarelli, 284; Masio, Cartas, 232; L. Firmanus, \*Diaria loc. cit.

(4) V. Mocénigo-Albèri, 46-47.

su liberación de todo predominio político, y su victoria de los herejes. De estas ideas estaba enteramente penetrado. Encumbrado a la suprema dignidad, quería llevarlas adelante con todo el idealismo sin miramientos, que le había sido siempre propio, y empeñar todas sus fuerzas en devolver a la religión católica su antiguo esplendor y poderío (1).

Por espacio de una generación, la Iglesia y sobre todo su centro, la Santa Sede, había experimentado inauditos acometimientos y graves humillaciones. Hallándose en posesión de la más elevada dignidad, quería Paulo IV trocar este estado de cosas con un golpe violento, y procurar de nuevo a la Santa Sede su antigua autoridad e influencia todopoderosa. Radicando todas sus ideas en la edad media, veía en el siglo de Inocencio III, que designaba al mismo tiempo el cenit del influjo del poder pontificio, el prototipo eclesiástico; según eso, nada estaba tan lejos de su modo de ver como la separación de lo eclesiástico y secular, que se abría camino en los nuevos tiempos: todo le parecía a la vez asunto eclesiástico. Por eso se tenía por obligado a hacer valer de nuevo sin miramientos, y hasta las extremas consecuencias, aun en el terreno político, la posición que había tomado la Santa Sede respecto de los príncipes y pueblos, durante aquellos tiempos. Con su fogoso enardecimiento, olvidaba enteramente (2), que no todos los derechos que reclamaron los Papas en el decurso de los siglos, proceden del derecho divino o de la naturaleza del primado, sino que muchos, especialmente los políticos, eran el resultado del desenvolvimiento histórico, por tanto de derecho humano, y por eso podían también perderse de nuevo. No menos se le pasaba por alto al idealista, para quien sólo tenía valor lo que debía ser, el notable cambio de las relaciones eclesiásticas y políticas de Europa, el cual imposibilitaba de todo en todo el hacer valer la autoridad pontificia ante los príncipes cristianos, del modo con que se había hecho en los grandes siglos de la edad media. Sin curarse de la apostasía de medio mundo, sin hacer caso de la profunda mudanza que se había efectuado aun en los estados que seguían siendo católicos, vivía Paulo IV con el pensamiento fijo en aquellos

(1) Cf. los \*breves del día de la coronación (26 de mayo de 1555) al rey de Portugal y al de romanos. Arm. 44, t. IV, núm. 104 y 106. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Son para eso características sus declaraciones ante el embajador francés, publicadas por Ribier, II, 716 s.

tiempos, en que los Papas, como padres y directores de la cristiandad, tenían y ejercían aun en lo político una eficacia extensísima. Aunque no había ninguna definición eclesiástica sobre el poder de la Santa Sede en lo temporal (1), mantenía él con todo inflexiblemente las reclamaciones, que habían hecho sus predecesores en presupuestos y circunstancias del todo diversas.

Con semejantes ideas muy fácilmente se podía llegar a un choque con el poder vastísimo de la casa de Habsburgo, y esto tanto más, cuanto la monarquía hispano-habsburguesa amenazaba así a la libertad de Italia como a la del Papado. En el alma de Carafa estaba profundamente fijado no sólo el recuerdo de la antigua independencia y extensa plenitud de poder de la Santa Sede, sino también la memoria del esplendor de Italia, del cual en sus primeros años había recibido la más profunda impresión. Comparaba esta Italia de los pasados tiempos con un instrumento bien acordado, cuyas cuatro cuerdas eran el Estado de la Iglesia, Nápoles, Milán y Venecia. Execraba la memoria de Alfonso de Aragón y Ludovico Moro, por cuyas disensiones se rompió esta armonía (2). La dominación de los españoles en la península de los Apeninos, el yugo que habían impuesto a su querida patria napolitana y la grave presión que ejercían sobre la Santa Sede, le parecían tanto más insoportables, cuanto tenía la peor opinión de los sentimientos católicos de Carlos V (3). Ya siendo cardenal había observado con creciente indignación las múltiples intrusiones de este monarca en los asuntos interiores de la Iglesia; ya entonces había pasado a ser en él idea fija, que el poseedor del poder imperial favorecía ocultamente a los protestantes alemanes para aniquilar el poder temporal de la Santa Sede, y así reinar solo en Italia. A esta política atribuía los rápidos progresos que hacían los enemigos de la Iglesia. Conservaba sobre todo indeleble el recuerdo del horroroso saqueo que Roma, la capital de la cristiandad, había tenido que sufrir de las tropas del emperador; ni podía olvidar la tentativa de este soberano, de llevar al cabo por su propia autoridad, sin asentimiento de la Santa Sede, el establecimiento en Alemania de la religión del Ínterin. Por eso, como napoli-

(1) Hergenröther, *La Iglesia y el Estado*, 749.

(2) Navagero en Albèri, *Ser. 2, III*, 389.

(3) Navagero da cuenta de eso repetidas veces; v. especialmente Brown, *VI*, 1, 392, 453, 622, 669, 674, 798. cf. también abajo el capítulo III.

tano, como italiano y ante todo como católico, había detestado y combatido a este monarca (1), y había observado con creciente rencor la condescendencia de Julio III con los imperiales.

En posesión del supremo poder, Paulo IV no dejó de descubrir al punto su aversión a los españoles y su predilección por Francia, cuyo rey promovió su elección (2). El pensamiento de oponerse al predominio de los españoles en Italia se le ofrecía ahora a su mente tanto más, cuanto la situación política parecía favorable a ello. La estrella del emperador iba incesantemente a su ocaso. El poderosísimo monarca, en cuyos dominios no se ponía el sol, en vista de los aprietos de su soberanía en Alemania y los Países Bajos, y de su posición nada segura en Italia, sentía el fracaso de sus vastos planes tanto más profundamente, cuanto más pesaban sobre él los achaques del cuerpo.

En tales circunstancias era muy seductor aprovechar el momento, para libertar a Italia y al Papado de la presión del poder español. Se veía el extraño espectáculo, de que un varón que hasta entonces se había ocupado casi únicamente en la reforma de los eclesiásticos, en rebatir las herejías y en obras de caridad cristiana, se arrojase con todo el ímpetu de su fogoso natural a la política secular y a una gran guerra. Cualquier otro hubiese retrocedido a vista de la contingencia de una lucha con el coloso del poder español. No así Paulo IV. Él, que nunca en su vida había conocido el temor, ahora, siendo Papa, estaba lleno de doblada confianza, y firmemente persuadido de que Dios le asistiría, según lo expresaba en su divisa (3), pues estaba escrito: «Andarás sobre áspides y basiliscos, y hollarás los leones y dragones» (4). El monarca que había dejado saquear a Roma, y querido introducir en Alemania una mezcla de religiones, le parecía con sus fautores cada vez más como el peor enemigo de la Iglesia, y como un cismático y hereje. Creía ser

(1) Algunos bien informados afirmaron, que el cardenal Carafa en 1547 había aconsejado a Paulo III una empresa contra la dominación española en Nápoles (v. Giannone, *Storia di Napoli*, 33, 1; cf. la nota a Nares, 304, y los dichos de varios cardenales, que publicó Bruzzone en la *Cultura N. S.*, I [1891], 434 s.). Oficialmente había desmentido este hecho Julio III; v. Silos, I, 311 s.

(2) V. la carta de Avansón, de 24 de mayo de 1555, en Favre, *Olivier de Magny*, 436; cf. también la relación publicada por Segmüller, *Elección de Paulo IV*, 6.

(3) *Dominus mihi adjutor*; v. Ciaconius, III, 813.

(4) S. XC, 13. Cf. Navagero-Albèri, 390.